

XIII

MEXICO EN 1864

ESE GRITO hostil de "¡Mueran los Mochos!" del que habla don Justo Sierra al describir la recepción delirante tributada en México a los Emperadores, era un mal presagio para el reinado de Maximiliano y Carlota. Quería decir que aun dentro de la Capital donde el dominio del invasor francés y la preponderancia de los clericales y conservadores mexicanos eran evidentes, brotaban de su misma entraña, voces adversas hacia aquel partido en el poder que pretendía salvar a México entregando los destinos de la patria a un monarca extranjero.

Todo aquel boato y fastuosidad de los festejos y homenajes imperiales durante quince días consecutivos; todo aquel regocijo, aquel júbilo y entusiasmo de un pueblo alborozado, no eran en el fondo más que un desahogo. Hacía años que México no presenciaba más que luchas sangrientas y guerras fratricidas. Los golpes de Estado, los cuartelazos, las asonadas militares, los asaltos al poder; los pronunciamientos y revoluciones; el fuego, la sangre, los saqueos; la anarquía y el desorden eran lo habitual en aquel México anterior a 1864 que tenía más de cincuenta años de debilitarse impotente, sin encontrar la paz y la concordia, ni una forma de gobierno lo bastante fuerte y sólida para imponerse sobre la desunida nación. La división política de los incontables partidos

surgidos de las diversas facciones aspirantes al poder; la intransigencia, el odio, las represalias, las venganzas y las rivalidades de los distintos grupos en pugna, estaban a la orden del día y tenían a México, literalmente, como en una erupción volcánica. Y desde 1861, la perenne lucha civil, sólo interrumpida por la guerra con Estados Unidos en 1847, había tomado un nuevo sesgo. La parte de México llamada republicana que, aunque no quisieran admitirlo los monárquicos mexicanos y sus cómplices franceses, formaba la mayoría, peleaban ahora contra los invasores.

Era natural que el pueblo, cansado, exhausto, como un enfermo que ha guardado larga cama, se volcase a las calles en busca de aquel espectáculo regio y fulgurante, verdadero alivio para su espíritu harto de guerras y abatido de tristeza y desesperación. Fuese o no aquella recepción en homenaje a los Emperadores extranjeros que iban a reinar en México, el hecho era que se trataba de una fiesta de quince días. Y había que disfrutarla, aprovecharse de la alegría; cantar, gritar, bailar; echar al espacio muchos cohetes y beber pulque y aguardiente hasta embriagarse.

Maximiliano y Carlota se mostraron satisfechos y halagados con aquel recibimiento grandioso, sobre todo ella que desde Miramar soñara en la cristalización de sus ambiciones de poder y grandeza, y que había persuadido a su indeciso y escéptico marido a aceptar aquella bella oportunidad para emerger de su desairada posición de príncipes relegados sin mando ni rango en Europa.

La Emperatriz entró en Palacio como una reina, erguida, soberbia, elegantísima con un regio traje blanco que siempre habría de escoger para las grandes ceremonias. Y Maximiliano, cautivante con su sombrero gris de copa, su bien cortada levita color perla y, sobre el pecho, pendiente de ancha cinta de moaré, la condecoración del Toisón de Oro que lo señalaba como defensor de la fe. Su naturaleza soñadora y no poco indiferente y pasiva,